

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.

**PRECIOS.**

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
En provincias.	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
Ultramar y extranjero.	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
	un año	10 ps. fs.
	seis meses	6 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

El bien y la virtud, por D. Aureliano Ruiz.—*Diciembre*, soneto, por doña Faustina Saez de Melgar.—*La Hoya de Buñol ó Venganza de un sábio* (se continuará), por D. Rafael Ferrer y Bigué.—Estudios de costumbres: *La Generosa*, por D. Constantino Gil.—*Revista de teatros*, por don Leandro A. Herrero.—Modas: *Correo de señoritas*, por doña Joaquina de Carnicero.—Explicación del finjín—Variedades.

Pliego quince del segundo tomo de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

Pliego catorce de *Leyendas Granadinas*, por doña Rogelia Leon.

EL BIEN Y LA VIRTUD.

PÁGINAS DE MI DIARIO.

Muchas veces me he preguntado: ¿En qué consiste que la virtud, tan admirada por la generalidad de los hombres, cuente con tan escaso número de soldados en sus diezmadras filas?

Y si es cierto que hallé la contestación, al dirigir mi vista á los más elevados puestos de la sociedad,

al contemplar los grandes alardes de la ostentación y el lujo, y al palpar la escandalosa impunidad del crimen reprobado, no fué, sin embargo, suficiente todo cuanto en el mundo ví, para concebir cómo el hombre pospone una vida de tranquilidad y goces íntimos y una dulce muerte, complemento de un proceder honrado, á la engañosa grandeza que proporciona la fortuna, amasada con los ayes de la desgracia, ó el puesto conseguido por medio de la intriga y adulación.

El hombre, falto de la inteligencia del espíritu, sería semejante al animal, y si no ennoblecemos lo único que de los brutos nos separa, si no damos superioridad alguna á nuestra espiritual inteligencia sobre la brutalidad de la materia.

¿Por qué extrañamos sufrir las terribles consecuencias de nuestro torcido proceder, y anhelamos una dicha que buscamos sin cesar, y que tenemos por fortuna en nosotros mismos?

Si viéramos en algun ser irracional la extraña aberración de buscar en la ajena casa el alimento que tiene en la de su pertenencia, ¿no la hallaríamos fuera de la ley natural, de la justa conveniencia, y

aun ajeno, si se quiere, al principio de la propia conservacion.?

¡Y en un bruto estrañáramos lo que no estrañáramos en nosotros!

¡Hombres que servís los altos destinos de las naciones, y que tanto lucháis por sobreponeros á vuestros semejantes! ¿No habeis envidiado alguna vez. colocados á tal altura, la oscura vida del más modesto artesano?

¿No echais de menos los tranquilos dias pasados al vivificante calor del hogar doméstico, las noches aquellas de calma, en que, al despediros con un ósculo de paz de vuestros amantes padres, ó de vuestros adorados hijos, os retirábais á gozar de la delicia de un sueño sin sombras, que os recompensaba superabundantemente de la fatigosa jornada?

«¡Oh! ¡sí! me responderéis:» la felicidad no existe aquí donde creíamos encontrarla: no es esta la dicha que sin cesar anhelábamos: bajo los dorados artesones de estas suntuosas estancias, no se respira aire suficiente para llenar nuestros pulmones: aqui vamos perdiendo insensiblemente el sentimiento de lo justo y lo bueno: nosotros mismos pusimos la planta en esta tierra árida, y resbalamos por este abismo sin fondo, que al fin acabará con nuestra vida material, como acabó con los más nobles instintos de nuestra alma, con las más dulces emociones de nuestro corazon, con los frutos más sazonados de nuestra inteligencia.»

¡Oh! ¡sí! ¡Yo estoy persuadido de que me contestareis de esta suerte, como lo estoy igualmente de lo horribles que serán vuestros dias, y lo oscuras que serán vuestras noches!

Y como los que marchan por angosta senda no pueden volver sobre sus pasos sin manifiesto peligro, así tampoco á nosotros nos es dado retroceder por el ya adelantado camino.

Os queda tan solo el persistente recuerdo de un bien, conocido en otro tiempo, allá, en los momentos de emprender vuestra torcida carrera, y la impotencia presente, tan solo comparable á los venideros daños.

¡Justo castigo que á la venalidad ha impuesto la sabia Providencia!

Fuera del buen proceder, ¿dónde está lo justo?

¡La justicia es el bien practicado!

¡La felicidad está en la virtud!

AURELIANO RUIZ.

DICIEMBRE.

SONETO.

Último mes del año! triste y frio
En tí descarga su rigor natura,
Despojado de galas y hermosura
Aterido apareces y sombrío.

Ruge en tu seno el aquilon bravío
Juguete haciendo de su saña impura
Esa vegetacion que nos augura
Un invierno cruel, horrible, impío.

Empero ¡tú, Diciembre! eres dichoso
Porque tus fastos con honor fecundo
Guardan del natalicio la memoria
Del divino Jesús. ¡Sublime, hermoso
Es el recuerdo de la eterna gloria
Que te concede el Redentor del mundo.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

LA HOYA DE BUÑOL,

6

VENGANZA DE UN SABIO.

ANTECEDENTES.

I.

Hay en el reino de Valencia un privilegiado círculo de terreno, limitado por montañas, dentro del cual se elevan á corta distancia la poblada villa de Buñol, con su feudal castillo, y la casa-palacio de los condes, y los cercanos lugares de Yátova, Alborraig ó Alborache y Macastre, entre los que descuella el arruinado castillo de este último pueblo, conocido antiguamente con el nombre de *Amacasta*.

Es grande la fertilidad natural de su suelo, que en corto trecho contiene valles, montes, cañadas y llanuras, regado todo por abundantes fuentes y surcado por mansos rios, por lo que ha podido decir un escritor grave: *que en la bondad de sus frutos y frutas se iguala con el mejor lugar del mundo, y pocos del mundo se igualan con él.*

Tampoco este país carece de historia; pues como rayano y fronterizo antiguamente al reino de Castilla, fué muy importante y codiciado durante la guerra época en que se conquistaba palmo á palmo la España árabe, para preparar con pequeños reinos cristianos la grande obra que consumaron los Reyes Católicos en los muros de Granada,

Así es que ya el rey D. Jaime I de Aragón, antes de conquistar á Valencia, y desde el mismo campamento del cerco, donó á D. Rodrigo de Lizana, uno de sus capitanes, la villa y castillo de Buñol, añadiéndole los lugares de Monroy y Amacasta, que todavía estaban en poder de los moros.

Conquistados que fueron, despues de la toma de Valencia, y legados como manda piadosa al Maestre del Hospital y su órden, cuidaron los reyes de volver á adquirir estos estados, tantas veces como salieron del dominio de la corona, ora para pagar ilícitos amores, como los del mismo rey D. Jaime con doña Berenguela Fernandez y asegurar un patrimonio á su espúreo vástago, origen de la casa de Sjar, ora para recompensar al hijo predilecto como lo fué del piadoso D. Alfonso, el conde de Urgel, habido de doña Teresa de Enteuza, bien para premiar servicios importantes como los del capitán castellano don Álvaro de Ávila, ó bien para acudir á las necesidades de la guerra, cuando por la penuria del Erario hubieron de venderlos á algun acaudalado palaciego, como hubo de hacer D. Alfonso V á favor de don Berenguer Mercader, su camarero mayor. Y no es de extrañar que otras tantas veces se incorporasen á la corona de Aragón estos pueblos, porque estando sus reyes en continua guerra con los de Castilla, preciaban en mucho aquellas fortalezas en comarca de ambos reinos.

Elementos, por lo demás, hay en el país para interesantes tradiciones. Consta que el gran rey don Jaime I fué á esperar y recibió en la villa de Buñol á su desgraciado suegro D. Alfonso X de Castilla, cuando con su esposa la reina doña Violante pasó á Valencia este desventurado príncipe á implorar el apoyo del rey conquistador.

Mucho despues, desde que Gaspar Mercader fué nombrado por D. Felipe III primer conde de Buñol, allí han solido residir los condes y señores territoriales de Yátova, Alborache, Macastre y Siete-aguas, pertenecientes sucesivamente á familias tan ilustres como los Mercaderes, Milans de Aragón, marqueses de Albaida, y Roca y Pertusa, marqueses de Malferit.

Las espulsiones parciales y general de los moriscos, tambien han dejado su triste huella en este territorio. Ya en tiempo del emperador Carlos V habia sido designado el pueblo de Siete-aguas (que nunca tuvo moriscos) para el registro de los del reino de Valencia, que, por no querer bautizarse, eran condu-

cidos á Castilla por Requena, para ser embarcados en la Coruña; pero en la espulsion general de tiempo de D. Felipe III, fueron triste teatro de aquel lastimero drama en que los pobres moriscos eran arrancados de sus hogares y conducidos lejos de su tierra patria, para ser inhumanamente abandonados en las costas africanas, si no eran antes bárbaramente entregados á las olas del mar, que guardaron en las hondas concavidades del Mediterráneo el secreto de tantos inauditos crímenes perpetrados por el fanatismo y la avaricia.

II.

Pues bien: ese país, tan pródigamente delicioso, donde entre ásperas sierras como la de Dos-aguas, y elevados montes como el solitario *Motraton* (tal vez derivacion de *Monte-alton*, ó corrupcion del histórico *Montecorcon*), hay tan fértiles llanuras como la que propiamente se llama la *Hoya*, donde se encierran tan accidentados y cortados sitios, como los pintorescos paseos de *San Luis* y *Borrunis*, junto á la misma villa, donde sorprenden decoraciones magníficas de caprichosas y colosales rocas, con pintados tornasoles, adornadas de fantásticas estalactitas y bordadas por silvestres plantas, que entre las grietas nacen y crecen en alturas á que no puede llegar la humana planta, como en el agreste anfiteatro de la naturaleza; conocido con el morisco nombre de *Turche*; donde sobre quebrados peñascos y entre derrumbaderos de abundantes aguas, brindan asilo cuevas tan espaciosas y pintorescas como la poéticamente llamada *Cueva de las Palomas*, á través de la cual se precipitan las saludables aguas del río Juanes, en que se bañan los ganados; allí, donde por doquier brotan tan copiosos y salutíferos manantiales como el de *San Luis*, de *Borrunis* y del *Perol*, en los alrededores de Buñol; del *Bolot* y de *Santa Bárbara*, en los de Macastre; de la *Alberca*, en Yátova; de los *Caños*, en Alborache, además de los renombrados baños medicinales de Siete-aguas; ese país tan fecundo y fértil como variado y pintoresco, tan codiciado antes, como poco conocido ahora; ese país, pues, á pesar de todo lo dicho, ha permanecido durante los últimos siglos como en profundo letargo, viendo perderse en la esterilidad sus fecundos veneros de riqueza, sin que haya sido bastante á despertarle á la vida activa ninguna de las tendencias que desde entonces han sido el espíritu vivificador de nuestros pueblos.

Las órdenes monásticas, esas instituciones civilizadas, que á través del caos de la Edad Media conservaron el sagrado depósito de las ciencias, de las artes, y de la literatura antiguas, nos han legado en nuestra religiosa España insignes monasterios, suntuosas cartujas y numerosos conventos, que, cual asilo de las ciencias y museo de las bellas artes, establecieron hasta en los lugares más apartados y solitarios, doquiera que con su certera mirada descubrieran lo bien acondicionado de la situación ó la fecundidad de un terreno; así como los pueblos del Norte, al tiempo de la irupción, se establecían, según la bella expresión de un historiador moderno, doquier que les brindaba una fuente ó un pasto.

Sin embargo, pues, de las notabilísimas condiciones de la Hoya de Buñol para aquellos activos exploradores y hábiles conocedores de nuestras regiones, los religiosos regulares, tan abundantes en el antiguo reino de Valencia, han desaparecido sin dejar en el condado de Buñol ni un pobre convento, ni un mal eremitorio que conserve la memoria de aquella época.

No es extraño, pues, que sin aquellos constantes guardianes de todo monumento histórico, ó de toda joya artística, carezca de unos y otras el Condado de Buñol, á pesar de su historia que brevemente hemos apuntado.

Ni han sido más afortunadas las tradiciones locales que ha debido tener este país, como las tiene todo pueblo. No parece sino que el letargo de dos siglos en que se ha visto abismado, ha hecho olvidar á sus hijos la memoria de su *ayer*, ¿y quién sabe si el presentimiento del *mañana*?

III.

Tristes pensamientos y serias reflexiones se apoderaban de mi espíritu, que vive entre las sombras, amante de las glorias del pasado, cuando después de algun tiempo de aislamiento en las montañas de la Hoya, recibí, en una de mis más estimadas correspondencias, una favorecida carta, en la que mi distinguida amiga la Directora de LA VIOLETA me decía con el natural estilo de su bondad y finura: «Esos alrededores serán muy pintorescos, y Vd. de seguro estará siempre en el campo, ¿no es verdad? Bien podía su señora holgazanería ocuparse en escribir algunas tradiciones del país, descripciones de sitios pintorescos ó monumentos históricos.»

Deseoso de complacerla me dediqué nuevamente á adquirir los datos necesarios; pregunté á los naturales del país, sentado al amor de la lumbre, junto al hogar que guarda las antiguas consejas; exploré á los ancianos de los valles, interrogué á las ruinas de los castillos, registré los archivos..... ¡pero inútilmente! Estos habían sido incendiados durante la guerra civil, y aquellos tan solo me contaron vagamente que allá fuera del Condado, pero no lejos de su término, hay una antigua torre, llamada del *Matrona*, al otro lado del Júcar, de la cual es fama se arrojó y dió muerte una *reina mora*, cuando sus hermanos fueron arrojados del país. No lejos hay un llano y un caserío, que se llamaron del *Lloro*, porque allí lloraron los agarenos su perdida patria; pero el metalizado espíritu de nuestros tiempos ha trocado el poético nombre del *Lloro*, con el más prosaico del *Oro*, con que los nombran en la actualidad los naturales del país.

Lo vago de la tradición, la distancia del sitio, y sobre todo el no pertenecer al Condado, fueron causa de que no me resolviese á desarrollarla, tanto más, cuanto que es tal mi veracidad, que difícilmente me atrevería á ensartar una ficción novelesca sobre aquella tradicional base, de que imaginaciones inventivas podrán sacar mejor partido.

Por mi parte, mero observador y escrupuloso cronista, me ceñí á indagar las preocupaciones dominantes del país, ya que tradiciones del mismo no existían.

Vi generalizada la supersticiosa creencia de que cuando dan horas en el reloj de la iglesia al mismo tiempo de alzar á Dios, sucede necesariamente alguna desgracia; el muchacho que encuentra un sapo ó alimaña, de esas que tan útiles son á los campos, por ser para estos como los gatos para las casas, no sigue su camino sino después de haberlo hecho pedazos, pues cree que, si lo deja aun vivo, se lo ha de encontrar en la cama.

Estas y otras muchas supersticiones perjudiciales, forman las creencias más arraigadas de este país, falto como ha estado de instrucción y de sentimientos religiosos.

Así es que las gentes tienen algo del carácter indolente y fatalista de la raza árabe; en especial en la antigua Amacasta, es tan marcado el sello de la pereza, que bien se explica por ello cómo de uno de los pueblos más ricos é importantes de la Hoya, ha venido á quedar tan rezagado, que solo crecía en

pobreza, mientras los otros entraban en vías de prosperidad.

Sin amor al trabajo, sin fé en su recompensa natural, fiando al acaso la suerte del mañana, han ereido por mucho tiempo en la existencia de grandes tesoros, escondidos en su arruinado castillo.

Esta oculta y disimulada creencia, que el más rudo se avergonzaria de confesar, me puso al fin en camino de resolver el enigma que me preocupaba, y cuya solucion, que debí á una casualidad, es como sigue:

(Se continuará.)

RAFAEL FERRER Y BIGNÉ.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

LA GENEROSA.

Hace dos años me encontraba accidentalmente en Madrid.

Corria el mes de Agosto.

Una noche terriblemente calurosa, una de esas noches en que se hace casi imposible la respiracion, aburrido del barullo que reina á todas horas en las calles de la coronada villa, me dirigí hácia el Prado.

La luna, esa casta diosa del silencio, como dicen los poetas, se pavoneaba entre grupos de nubes blancas y vaporosas.

Yo, que soy tan vulgar como puede serlo un aragonés, levanté los ojos para ver si podia descubrir esa dulzura, esa candidez, y hasta esa sonrisa que los vates le atribuyen.

Por desgracia, y despues de un detenido exámen, me convencí, como siempre, que su estúpida fisonomía, parecida á las de ciertas viejas coquetas, no ha representado ni representará nunca, segun todas las probabilidades, más que la insensatez y la indiferencia.

Hallábame sumido en estas reflexiones, cuando una nube de angelitos en completa *negligé*, vino á sacarme de mi meditacion.

Me tendian sus pequeñas manos pidiéndome una limosna.

Metí la mia en el bolsillo de mi chaleco, con objeto de que me dejasen en paz.

Pero en aquel instante creció la confusion en torno mio.

—¡A mí, á mí, á mí! dijeron una porcion de voces infantiles, y me senti cogido por todos lados como si hubiese cometido algun delito.

Estuve por desmayarme, pero lo dejé para mejor ocasion.

¡No habia un solo banco desocupado!

Saqué por fin la codiciada moneda, y ya me disponia á entregarla al que se hallaba más próximo, cuando distinguí detrás de todos aquellos muchachos á una niña, que á lo más podria tener seis años.

Se hallaba recostada en un árbol, y me miraba tristemente.

A su lado habia un niño lleno de barapos, raquítico, enfermizo.

La moneda que iba á cambiar de dueño de un instante á otro, se detuvo un momento en el espacio.

Un murmullo de descontento se dejó oir á mi alrededor.

Las miradas de todos, siguiendo la direccion de la mia, se fijaron al instante en la pobre niña que habia llamado mi atencion.

Era una rubia de ojos azules, lo más bello que puede imaginarse.

Su carita, sucia por el polvo y la poca limpieza, aparecia como encerrada en un marco de cabellos de oro, crêspos y ensortijados en las puntas.

Los ojos eran grandes, muy grandes, la nariz correcta, y entre sus labios, despellejados por la intemperie, aparecia, semejante á las teclas de un piano, una blanca hilera de dientes.

Por último, de su oreja izquierda, pequeña y de una forma admirable, pendia, sujeta por un hilo blanco, una voluminosa bellota.

¡Estraña coquetería que no dejó de llamarme la atencion!

—¿Que por qué? me contestó, no sabe Vd. quién es, cuando trata de darle limosna.

—¿Quién es, pues? repliqué entonces, temiendo habermé encontrado con alguna de esas estafas tan frecuentes en la corte.

Si Delaunay, ese pintor francés que tan bellos grupos de niños ha dejado á la posteridad, la hubiese visto, de seguro que la hubiera escogido para modelo de su obra maestra.

Yo me acerqué á ella, y le entregué la moneda, que de otra manera hubiera pasado á manos de aquellos rapaces.

Pero, al conocer mi intencion, redoblaron sus gritos, y se lanzaron en mi camino para impedirme el paso, diciendo al mismo tiempo:

—¡No le dé Vd. á esa, no le dé Vd. á esa, porque es tirar el dinero!

—¿Y por qué? pregunté al que se hallaba más inmediato.]

—¿Quién ha de ser? me contestaron todos en coro, la *Generosa*.

Y rodeando á la niña empezaron á saltar á su lado, diciendo al mismo tiempo, con ese tonillo particular que usan los chicos de los barrios bajos de Madrid:

—¡*Generosa, Generosa!*

Después huyeron en distintas direcciones, no sin dirigirme miradas burlonas, que no sé cómo tuve paciencia para sufrir.

Quedéme, pues, con la *Generosa*, que en aquel momento acariciaba al niño que tenía á su lado.

—¿Por qué te llaman la *Generosa*? la dije.

—¡Por nada! me respondió con una vocecita dulce y pausada.

Había un puesto de agua no muy lejos del sitio donde me hallaba: llamé á la mujer que estaba en él para que me trajese una silla, y agua con merengues.

Coloqué la primera delante de la *Generosa*, me senté, y la ofrecí uno de los segundos.

Pero, antes de llevárselo á la boca, me dió las gracias con una sonrisa, y se lo entregó al niño que se hallaba junto á ella.

Este lo comió con avidez, dejando, sin embargo, un poco que ofreció á la *Generosa*, pero no lo aceptó, y le obligó á que se lo comiese por completo.

—¿Por qué te llaman la *Generosa*? le pregunté otra vez, no cansándome de admirar aquellas facciones tan puras y delicadas.

La niña vaciló un momento, me dirigió una larga mirada como tratando de sondear mi corazón, y pareciendo satisfecha de su exámen, me dijo lo siguiente:

—Si me da Vd. palabra de no reirse, se lo contaré.

—Te lo juro, le respondí; y al mismo tiempo, y para darle una prueba del interés que me inspiraba, saqué otra moneda del bolsillo, y se la dí.

La *Generosa* hizo con ella la misma operacion que con el merengue; se la entregó al niño.

Encendí un cigarro, creyendo que iba á escuchar una larga narracion, y esperé lleno de curiosidad.

No tuve que aguardar mucho, porque la niña, sonriéndose tristemente, me dijo estas palabras.

—Yo me llamo María, pero todo el mundo me llama generalmente como acaba V. de oír hace poco, porque dicen que tengo la mala costumbre de dar cuantas limosnas recibo.

—¿Y por qué haces eso? le dije.

—Toma, me contestó, porque me dan lástima; y rodeó con su brazo el cuello del niño que me miraba con curiosidad.

—De manera que ese niño..... continué.

—Es el de esta noche, me interrumpió con la mayor naturalidad.

No comprendiendo bien su respuesta, le dije:

—¿Qué quereis decir con eso de *es el de esta noche*.

—Nada, sino que esta noche le ha tocado á este, como mañana le tocará á otro.

—¿Y todas las noches buscas un niño y les das todo lo que á ti te dan?

—Sí; como son pequeñitos, los mayores les quitan todo lo que llevan, y luego al volver á casa les pegan sus padres.

—Pero ese niño, y los demás que coges otras noches, ¿no son parientes tuyos, ni conocidos siquiera?

—No, me respondió; y eso ¿qué importa? les pegan, y yo no quiero que les peguen.

—¿Y á tí no te pegan si vuelves á casa sin haber recogido nada?

—¡Ay sí! dijo, y sus rubias pestañas se humedecieron ligeramente.

—De modo que esta noche..... añadí, creciendo mi asombro por momentos.

—Esta noche, respondió la *Generosa*, me pegarán tambien, pero..... Y miró al niño raquítico; no le pegarán á Juan, que es más pequeño que yo, y se moriría.

Y sus ojos, en los que antes brillaban las lágrimas, se fijaron en Juan tan claros y serenos como la noche.

Sentí que me oprimía el corazón, y, no acertando á darme cuenta de ello, volví á insistir en mi eterna pregunta para ocultar al mismo tiempo mi turbacion.

—¿Y por qué á pesar de que te pegan, te muestras tan caritativa con esos niños hácia quienes no te mueve ningun interés, y que por lo general ni siquiera conoces?

La *Generosa* se encogió de hombros y me contestó como la primera vez que le hice la misma pregunta:

—¡Toma, porque me dan lástima!

En un momento de entusiasmo, y sin saber lo que hacia, la abracé, imprimí un beso en su frente, la volví á dar más dinero para que no les pegasen aquella noche ni á Juan ni á ella, y me alejé.

Pero aun no habia andado veinte pasos, cuando

volvi otra vez, impelido por una fuerza misteriosa y sobrenatural.

Aquella noche, lo confieso francamente, se sentaron dos personas más á mi modesta mesa.

Esas dos personas fueron Juan y la *Generosa*.

Pasaron dos meses sin que volviese á ver la preciosa niña cuyos nobles sentimientos me habian impresionado de tal manera.

Alguna vez que otra, su recuerdo venia á ocupar mi mente, pero desaparecia presto para dar lugar á otros más graves y profundos que en aquel entonces embargaban mi ánimo.

Una tarde del otoño me hallaba parado en la calle de Sevilla.

Senti deseos de fumar, saqué mi petaca, cogí un cigarro, y lo acerqué á mis labios.

Llevé la mano al bolsillo del pantalón, y adquirí la dolorosa certeza de encontrarme únicamente con el forro.

Afortunadamente la clase de fosforeros es tan numerosa en Madrid, que no me afligió demasiado mi mala fortuna.

Busqué uno con la vista, y no muy lejos, sentada en un portal, distinguí á una niña queregonaba la mercancía de que yo carecia en aquellos momentos.

Pero, ¡cuál fué mi sorpresa, cuando reconocí en ella á la *Generosa*!

Llevaba un pequeño cajón pendiente del cuello, y estaba más pálida que cuando la conocí.

Me acerqué á ella, y le dirigí la palabra.

Al momento me conoció, y sonriendo alegremente me ofreció la caja mas bonita que pudo encontrar en su pequeño almacén.

Hice una exploración en el bolsillo de mi chaleco despues de haberle dirigido algunas frases cariñosas, y de repente me puse aun más pálido que ella.

La desgracia me perseguía indudablemente aquel día; habia olvidado el dinero.

Y la pequeña mano de la *Generosa* continuaba entretanto con la fatal caja entre sus dedos, y aproximándose poco á poco á los míos.

Sin saber lo que hacia, tomé la caja y saqué un fósforo, que procuré apagar para dar tiempo á que pasase por allí algun amigo caritativo que me socorriese en mi infortunio.

Desgraciadamente no ví ninguno, y traté de encender otro fósforo.

El segundo tuvo la misma suerte que el primero.

Y el esperado amigo no parecia.

—¡Qué malos fósforos tienes, *Generosa*! le dije para disculparme.

Los fósforos no podian ser más escelentes.

La pobre niña no me contestó nada, pero me miró de una manera que no pude menos de recordar.

Aquella mirada, que pesaba sobre mí como una maza de hierro, era la misma exactamente que habia lanzado sobre Juan el raquítico la noche en que la conocí, al contestar á mis repetidas preguntas con su eterno estribillo: «¡me dá lástima!»

Despues, y haciendo como que no habia advertido mi turbación, ni conocido que me encontraba sin dinero, prosiguió su camino, gritando de cuando en cuando con su voz dulce y armoniosa, como deben serlo las de los ángeles:

—¡Papel y fósforos!

La generosidad de la *Generosa* me trastornó de tal modo, que sin saber lo que hacia, tomé á buen paso la calle de Alcalá, y no paré hasta encontrarme en mi cuarto.

Allí reflexioné que debia haber seguido á la niña indigente, que tan pródiga se habia mostrado conmigo, para preguntarle las señas de su domicilio y recompensar debidamente su noble acción.

Atormentado por esta idea tomé el sombrero, y salí.

Bien pronto me encontré en la calle de Sevilla, la recorri en todas direcciones, no quedó un rincón en las inmediatas que no escudriñase, pregunté á todos los fosforeros que hallé al paso, pero todo fué en vano: no volví á ver á la *Generosa*.

Un accidente imprevisto me obligó á salir de Madrid.

Terminado aquel, regresé á la corte.

Habia estado fuera de ella poco más de tres semanas.

Una noche del mes de Noviembre caía el agua á jarros, como vulgarmente se dice.

Volví del teatro, impresionado todavía por los sublimes conceptos de una de las mejores comedias de nuestro repertorio antiguo.

Al pisar el umbral de la puerta de mi casa, tropecé en un bulto informe que se movió al contacto de mi pié, y surgió ante mí como una aparición fantástica.

Lancé un grito de alegría, y lo estreché en mis brazos.

Era la *Generosa*.

—¡Mi madre se muere! señorito, me dijo; y rompió á llorar amargamente.

La cogí en mis brazos, y un minuto despues nos hallábamnos ambos en mi habitacion.

—¡Cuánto me alegro haberte encontrado! la dije: tengo una deuda contigo, y es necesario que la satisfaga; y llevé la mano al bolsillo de mi chaleco.

Pero la *Generosa* me tendió la suya, impidiendo que la mia llegase al punto á que se dirigia.

—¡Mi madre se muere! añadió, y su acento era más triste que la vez primera.

—¿Dónde vives? la pregunté, sin darle lugar apenas para que terminara la frase.

—En la Costanilla de los Desamparados, núm. 45, cuarto quinto, me contestó.

Tomé papel y pluma, y escribí una carta para mi médico.

Mientras lo hacia, me acordé de aquel miserable niño á quien ella protegió, y que se llamaba Juan.

—¿Y Juan? le dije.

—¡Murió! repuso la *Generosa*, y el caudal de perlas que brotaba de sus azules ojos se hizo mas copioso durante algunos momentos.

—¡Pobre Juan! exclamé al mismo tiempo que cerraba la carta.

Se la entregué, diciéndole la calle á donde debia encaminarse; le di cuanto dinero llevaba en el bolsillo para que comprase las medicinas que fuesen necesarias; acerqué mis labios á aquella frente tan pura como la de un querúbe, y me despedí de ella hasta el dia siguiente, prometiéndole ir á su casa, y acudir con cuanto me fuese posible al alivio de sus neccsidades.

La *Generosa*, sin darme las gracias más que con un gesto encantador, tomó mi modesta dádiva, y bajó apresuradamente la escalera.

—¡Pobre niña! dije al verla desaparecer; y con los ojos húmedos cerré la puerta de mi cuarto.

Aquella noche no pude dormir.

Los primeros rayos del sol, al penetrar en mi estancia me encontraron ya con el sombrero en la mano.

Salí de casa, y me encaminé á buen paso á la Costanilla de los Desamparados.

La tempestad de la vispera habia desaparecido.

Un cielo puro y sin nubes se extendia sobre mi cabeza.

Conforme me iba aproximando á la casa en que vivia la *Generosa*, mi corazon se iba entristeciendo; al llegar á ella, un confuso tropel compuesto de niños de ambos sexos me impidió pasar.

—¿Qué sucede? pregunté, esperando escuchar la terrible nueva de la muerte de la madre de la *Generosa*.

—¡Ha muerto! me respondieron dos ó tres voces infantiles.

—¡Pobre madre! repuse; y empecé á subir la empinada y vetusta escalera que se hallaba en su mayor parte llena de curiosos.

Al penetrar en el cuarto quinto, un ¡ay! de dolor se escapó de mis lábios.

Sobre una vieja mesa de pino yacia el cuerpo de una mujer.

Á su lado se hallaba el de una niña, que á primera vista parecia dormida.

Sin embargo, su cabeza estaba llena de sangre que brotaba de una ancha herida.

Aquella niña, era la *Generosa*.

Hé aquí lo que habia sucedido:

La noche anterior, y dejándose llevar del gran afecto caritativo que dominaba en su alma, habia corrido con tal precipitacion en busca del médico que debia salvar á su madre, que tropezando en una piedra mal colocada cayó al suelo causándose una profunda herida en la cabeza de cuyas resultas habia dejado de existir.

Me incliné ante aquella mártir, y oré.

Despues di las órdenes necesarias para que su cuerpo y el de su madre fuesen sepultados religiosamente, y salí de aquella casa en que el dolor habia sentado sus reales.

Al dia siguiente, cuatro niños conducian sobre sus hombros una pequeña caja forrada de blanco.

Era el cadáver de la *Generosa*.

Yo fui el único que la acompañé al cementerio; acaso mi plegaria se elevó sola hasta el trono del Altísimo.

Al salir del campo-santo se escapó de mis lábios la siguiente frase:

Era la suya, era el símbolo de aquella alma angelical que acababa de abandonar la tierra.

¡Pobre niña, me da lástima!

CONSTANTINO GIL.

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE LA VIOLETA.

El suplicio de una mujer.—Los soldados de plomo.

En muy breves palabras puede hacerse el juicio critico de *El suplicio de una mujer*, drama de Mr. Emilio Girardin, arreglado á nuestra escena por el

Sr. Carreras y Gonzalez, y representado por la compañía que actúa en el coliseo del Circo. Obligados á emitir nuestra humilde opinion, solo hemos hallado para enunciarla esta frase gráfica: *Es un engendro tonto que raya en inmoral, y un engendro inmoral escrito en tonto.*

Objeto este drama de vivas y acaloradas controversias por parte de la prensa francesa, y objeto tambien de una ardiente polémica entre su autor Girardin y Mr. Dumas, hijo, encargado de cubrir con algunas telas de su guarda ropa la desnudez del engendro, creimos que se trataria de alguna creacion gigantesca, de algun descubrimiento raro y colosal digno de un privilegio de invencion, y destinado acaso á abrir una nueva senda á los pobres ingénios de Europa, que recorren sin tregua ni descanso la espinosa senda del arte dramático, buscando un ideal que pueda pasar á la posteridad. Nada de esto hemos hallado. *Le suplice d'une femme*, de Mr. Girardin, no es en sustancia mas que un verdadero suplicio del espectador, un verdadero abuso de la paciencia de las gentes honradas, y una melopea hedionda compuesta de los dislates y de las paparruchas de peor estofa que ha dado á luz la pedestre musa de los mamarrachistas franceses.

Su argumento, que vamos á esponer con suma precision, confirmará plenamente nuestro juicio. Héle aquí:

Luis es un banquero inmensamente rico, casado con Elena, inmensamente bella con sus ribetes y flecos de poética y sentimental: tienen una hija de ocho años; son jóvenes, *se aman mucho*, y sin embargo no son dichosos. ¿Por qué? Vamos á saberlo.

Luis tiene un amigo que se llama Carlos, el cual es tan magnánimo, tan generoso, que viendo una vez á Luis en trance de deshonorarse, haciendo quiebra, concibe el feliz propósito de prestarle cuatro millones, sin más garantía y sin aspirar á otra recompensa que á seducir á Elena, la cual, en medio de su sentimentalismo, no halla inconveniente en premiar con su fragilidad la grandeza de aquel amor melodramático de cuatro millones de peso. ¿No es esto sublimísimo?

A contar desde aquella fecha, Luis y Carlos aparecen como Pilades y Orestes; comparten todo aquello que buenamente se puede compartir en este pícaro mundo, hacen negocios á medias, y no sabemos si ha entrado en ellos tambien aquella preciosa niña, cuyo pico de oro vale bien la pena de ver el drama,

siquiera por contemplar el entusiasmo, la bobera y el regodeo con que la tributa homenaje de admiracion el público de encargo que brilla en las galerías.

Pasan, pues, ocho años, y al cabo de ellos la sentimental Elena se decide seriamente á abrigar en su corazon hondos y devoradores remordimientos por su falta, y, ¡oh! ¡pasmó de invencion! ¡Oh! ¡vena fecundísima! á la par de aquellos remordimientos, siente germinar un amor frenético por su marido, indignamente ultrajado, y un odio profundo hácia el seductor que la precipitó tan fácilmente en el cenagal del adulterio.

El esposo, con una *bonhomía* digna de lástima, se fija en la tristeza de Elena, y para curarla la propone á *soto voce* un viaje á Italia, que ella acepta como áncora de salvacion para librarse de la funesta presencia de su cómplice, encargando el mayor secreto á su marido; pero este, que no lo entiende, cree que le han confiado un secreto á voces, y sin encomendarse á Dios ni al diablo se le espeta de pe á pa al bueno de Carlos.

Aquí fué Troya. Preséntase Elena; conoce el marido que debe dejarla sola con Carlos, y en efecto, el autor le obliga á salir: quedan, pues, frente á frente los dos cómplices; es ocasion oportuna para hablar *tete á tete*, puesto que nadie oye mas que el espectador, y grita Carlos: «¿Con que te quieres escapar? ¿Con que á Italia, hé? No: yo lo estorbaré, porque te amo.»—Y ella, hecha una furia, responde: «Mentira: te aborrezco: Vd. me ha comprado.....» Esta escena termina con una conciliacion dudosa, y baja el telón en cuanto Elena esclama:

—¡Oh! ¡qué suplicio!

En el acto segundo hay un baile de niños, y con este motivo se exhibe de nuevo cierta *amiga* de Elena, cuya lengua corta en las honras ajenas como unas tijeras bien afiladas. En prueba de ello, declara sin melindres ni cumplimientos á la esposa de Luis que sus relaciones con Carlos son el escándalo de la villa, y que debe apresurarse á recobrar su fama completamente perdida. Elena se asusta, lo cual es bien astraño, y en este momento recibe una carta de Carlos, que la trae su hija (pobre angelito), en cuya carta la dice su amante que *todo* se sabe; que una criada (picara criada) lo va descubriendo todo por todas partes, que no la queda más recurso que huir, y que al efecto la espera en el tren.

Elena tiembla, se agita, cree oportuno demostrar que se halla transida de terror, y esclama:—«¿A

quién confesaré mi crimen? ¿A mi padre? No. ¿A mi madre? Tampoco. No me parece bien asesinarlos con mi deshonra. ¿Pues á quién?... ¡Oh! ya lo sé.... ¡A mi marido! ¡Pobre hombre! Sin duda debió cortarle el autor de madera de naranjo.

Y en esto se presenta Luis.

Y vé á Elena atacada de los nervios.

Y se queda trémulo.

Y ella entonces, ¡cataplum! le da la carta de Carlos.

¡Infeliz marido! ¿Qué ha de hacer? Llevarse las manos á la cabeza. Es lo más natural. Pero muy luego se recupera y esclama: ¿Esto es verdad? —Sí. — ¿Tú amas á Carlos? —No. —Entonces, ¿qué mujer eres tú? Elena no contesta, pero el espectador dice: ¡Ahí verá V! —Y Luis promete castigar á los adúlteros.

Más, ¿cómo?

De una manera que solo Mr. Girardin ha sido capaz de inventar. Héla aquí:

Luis puede dar un balazo á Carlos, no admite duda, porque Luis es valiente y hasta fiero; pero su razon, es decir, la razon de Mr. Girardin, que en España podría llamarse razon de pié de banco, le inspira un medio más eficaz para desagraviarse. Este no es otro que el de entregar á los adúlteros en cuerpo y en alma al demonio de los remordimientos. ¿Qué tal? ¡Si es muy agudo aquel Luis!

Firme Luis en su propósito, ¿cómo le realiza?

De esta manera: Entrega su dote completo á Elena, y la dice: ¡Váyase V. con sus padres por aquella puerta! Y ella se va. Entrega al infame amigo y seductor Carlos sus cuatro millones, con las ganancias correspondientes, y le dice tambien: Váyase usted á devorar su oro y sus remordimientos por aquella otra puerta (distinta de la que sirvió para la salida de Elena). Y Carlos obedece tambien, no sabemos si sollozando ó riendo. ¡Picarillo! ¿Quién le impedía ya reunirse con Elena detrás de las bambalinas? Cosa muy fácil. Así se puede acabar un drama.

Pero este no acaba así. Falta que arreglar la suerte de Luis. ¿Y cómo?

Muy sencillo.

Luis se queda pobre, desolado, burlado, escarnecido. El mundo le ha proporcionado las más horribles decepciones: el amor conyugal ha sido para él un veneno amargo; la amistad una bívora; el hogar doméstico un infierno.

¿Qué le queda en este valle de lágrimas? ¿Qué le queda....? Ahí está el génio de Girardin que lo advina. Le queda la hija del adulterio, que el autor le regala para que le ayude á arrastrar su bárbaro destino.

Y aquí acabó el drama. Pedir más sería gollería.

¿No es esto un prodigio de invencion? ¿No es un pasmo? ¿No es una borrachera?

Pues este drama ha merecido el *exequatur* del censor de teatros, y sigue representándose en el coliseo del Circo, sostenido tal vez por la curiosidad y el deseo que manifiestan siempre las masas de conocer los misterios del mal.

¿Puede discutirse en sério la importancia de esta obra? De ninguna manera: carece de importancia filosófica y psicológica; es absurda, falsa, inverosímil; no se ha tomado de la naturaleza ni de la vida real; no caracteriza las costumbres de ningun pueblo culto; es, en fin, una monstruosidad moral y una apología torpe del sentimiento humano estraviado.

En ella no hay un solo carácter perfecto; y las figuras que en ella se agitan con tales pretensiones, son tan raquílicas, que no logran interesar ni hacerse amables, antes bien repugnan y se hacen odiosas por los móviles groseros que impulsan sus acciones, produciendo un cuadro abigarrado y grotesco, cuya desnudez lastima la vista.

Sostenida la obra por un diálogo de relumbron, preñado de razonamientos falsos y de sofismas inadmisibles, la hallamos exígua y raquílica como creacion dramática, puesto que ni las pasiones ni las virtudes que en ella se mueven están representadas con los colores naturales de la verdad, antes bien carecen de la energía y de la fuerza indispensable para preparar los contrastes dramáticos y los efectos artísticos que se han de producir en su consecuencia.

En los detalles y en los recursos que se han adoptado para el desenvolvimiento del drama, no hemos hallado novedad ni riqueza de ingenio, ni aun siquiera buen gusto: todos ellos son gastados y vulgarísimos hasta un extremo escesivamente remarcable, de tal manera, que colocan á Girardin al nivel del más desventurado principiante.

¿Qué hay, pues, digno de aplauso en esta obra? ¿Es acaso la ejecucion? Tal vez; pero nosotros no creemos que se deba aplaudir á artistas grandes que consagran su talento á la ejecucion de obras tan pequeñas.

Por la misma razon no dispensamos elogios al traductor, aunque su trabajo, literariamente considerado, los merezca en justicia.

La estension que hemos dado á estas líneas nos obliga á escribir breves párrafos sobre una bellísima comedia de D. Luis Eguilaz, nominada *Los soldados de plomo*, y estrenada con éxito el lunes último en el teatro del Príncipe.

Sencilla en el plan, casi sin argumento, y de muy escasísimo movimiento escénico, la obra del señor Eguilaz, aunque no exenta de lunares, es una bonita comedia, que complace y agrada al espectador, que despierta en su alma las más dulces y consoladoras emociones; en una palabra, que le proporciona buenos momentos de placer y de satisfaccion.

Escrita con un diálogo correcto, y á veces castizo; engastada en una versificación rica y armoniosa; salpicada toda ella de pensamientos profundos y de chistes que solo en una escena descubren su trasparencia, la comedia del Sr. Eguilaz, si no de primer orden, enaltece á su autor por sus excelentes condiciones, por su corte enteramente español, y por la moral que entraña, la cual es de la más pura é inefable.

Inverosímil en algunos momentos, y hasta trivial en los recursos y en los detalles, los diálogos de esta comedia son de tan agradable sabor, y ha vertido en ellos el Sr. Eguilaz tanta poesía y tanto talento, que á veces consigue hacer vibrar suavemente las fibras más sensibles del corazón, sin que uno pueda explicarse la causa.

El autor de estas líneas le envía mil plácemes, y mil y mil al viejo Romea, al gran actor con quien nadie puede rivalizar, que en la interpretación de esta lindísima obra hace maravillas, que nos recuerdan nuestros buenos tiempos.

Tanto el autor como los actores que en su obra trabajan, merecen el aprecio del público, y son muy dignos en verdad á que sus esfuerzos sean recompensados con aplausos.

LEANDRO A. HERRERO.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Poco podemos añadir hoy á lo que hemos expresado la semana anterior; los bellos tejidos han

hecho su aparición, y solo nos resta esperar á que llegue la época de las recepciones para ocuparnos de los correspondientes trajes; hoy haremos lugar á los conjuntos de *toilettes*, puesto que los tenemos graciosísimos á la orden de nuestras lectoras.

Figura en primer término uno *poult-de-soie* antiguo, forma princesa, violeta monseñor. En el bajo de la falda lleva un doble guipure colocado plano, pié con pié, con una pasamanería perlada en medio, cuyo adorno remonta en todas las costuras y sobre el cuerpo. La vestimenta es una casaca ajustada en terciopelo negro; el borde describe anchos dientes guarnecidos de un guipure de veinte centímetros, con rico galon perlado encima. Dicho adorno, que forma tirantes por detrás, figura por delante vesta de caza, y sobre las mangas, que son justas, garantiza el brazo, remontando hasta el codo. Sombrero imperio, violeta monseñor, con el fondo alto y flojo en tul blanca blanco, bullonado y dividido por cintas; sobre el lado un pajarillo en una ola de blanca.

El segundo es enteramente de todo lujo, compuesto de una falda en terciopelo azul drapeado sobre otra de raso gris ruso, que lleva por abajo un pequeño encañonado bordeado, y superado de un cordel en pasamanería azul Méjico, describiendo arabescos. La falda de terciopelo va adornada por abajo con un guipure, superado de un cordel que parece drapearla á cada paño por un nudo, de donde se escapan dos borlas azules que descienden hasta media falda. El cuerpo de terciopelo se abre sobre un chaleco de raso gris. La confeccion igual es de terciopelo azul, con un guipure, cordeles, y un segundo guipure más estrecho que remonta y forma dibujos. El mismo adorno parte desde el talle, volviendo por detrás á formar puntas de frac cuadradas. El bolsillo es cuadrado; como asimismo las muletillas, las hombreras, y las vueltas de las mangas. Sombrero imperio de terciopelo azul con fondo de tul blanco, sobre el que se destaca una cola en follaje de oro, que desciende hasta el hombro.

Retiremos un poco estos esplendores para describir dos lindos trajes de visita de un orden más modesto, aunque muy distinguidos. Uno en pekin gris de dos tonos muy oscuros, con falda lisa formando una larga cola. El cuerpo alto, tiene aldetas con vueltas gris, de una tinta más clara, fijas por almenrados en pasamanería, y lo mismo las mangas. Sobre este traje se coloca una casaca de terciopelo

Montañac azul ruso, con un ancho galon fantasía alrededor, dispuesto á diez centímetros del borde, que tiene á cada lado una série de muletillas del mismo galon. Sobre el delantero forman brandebourgs dichas muletillas, remontando igualmente sobre las costuras por detrás hasta el talle, donde se detienen bajo una placa de pasamanería. Sombrero imperio de raso gris, liso, con plumas naturales, colocadas hácia atrás, y un pequeño pájaro azul sobre el lado. En el interior, muletillas de terciopelo azul sobre un bullonado de tul.

El otro traje del mismo género se compone de un vestido de tafetan negro á dos faldas. Lleva en el bajo de la primera un encañonado que lo supera una tira de terciopelo azul puro, y la segunda solamente drapeada por largas muletillas de terciopelo azul. La encantadora confeccion es de terciopelo mosqueado azul y negro, que produce un enarenado reflejante, cuyo efecto es de lo más distinguido. Es un paletot ajustado con capucha y bolsillos. Las vueltas de ambas cosas, así como las de las mangas y todos los adornos de pasamanería que les concierne, son de un azul puro que forma contraste con el mosqueado del fondo. El sombrero imperio es de la misma tela que la vestimenta, consistiendo su adorno en una pequeña banda de plumas, colocada sobre el borde del ala, y sobre la pequeña tira del bailet.

Bien que las vestimentas con mangas sean las preferidas, no es decir por esto que sean esclusivas hasta el punto de prohibir los cuellos. Las elegantes que los tienen pueden llevarlos aun sin parecer ridículas, aunque no sea novedad, y en prueba de ello, pondremos por ejemplo el que acompañaba á un elegantísimo vestido, á juzgar. Era de *poult-de-soie*, color tabaco de España; en medio de cada paño se destacaba un elegante ramillete bordado en una tinta más oscura, reliado por un lazo de encaje negro, igualmente bordado. La confeccion era de *faille* negra; tenia pieza en la parte alta, encajonando bien los hombros, y formaba por abajo cuello á tres gruesos pliegues, uno en medio por detrás, y otro algo hácia atrás sobre cada hombro. La pieza y los tres pliegues iban enteramente recubiertos por una rica pasamanería, que, volviendo hácia abajo, superaba una magnífica franja perlada. El sombrero todo de raso blanco tendido, tenia drapería en crespon, con una pluma en medio.

Nos parece que la vestimenta sin mangas aquí

citada, puede muy bien ser aceptada por una elegante.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

TRAJES DE BAILE.

Primera figura. Vestido de raso color de boton de oro, guarnecido en el bajo, de un ancho volante de guipur, cubierta la pegadura con listas encarnadas. Cuerpo de escote cuadrado, adornado del mismo modo; camiseta interior de encaje. Cinturon de guipur que sube por delante adornando el pecho, y cae por detrás en anchos cabos flotantes. Adorno de coral en los cabellos, y aderezo igual.

Segunda figura. Vestido de tul blanco, festoneado en el bajo con ruches de tafetan; segunda falda levantada por ramos de rosas rodeadas de lazadas de cinta. Cuerpo escotado con ruche y flores alrededor. Flores en los cabellos.

Tercera figura. Vestido de tafetan azul, con dos faldas, la primera tiene listas de cintas puestas al vies. La segunda, lisa está guarnecida de festones picados. Cinco largas presillas bordadas de perlas recogen la falda. Cuerpo bordado de perlas con aldetas cortadas. Camiseta de batista y encajes. Aderezo y prendido de perlas.

PENSAMIENTOS.

Menester es que uno sea dueño de sí mismo para discutir sin disputar.

—Los niños son más fisonomistas que los hombres adultos.

Mercier.

—Los que escriben como hablan, por bien que hablen, escriben muy mal.

Buffon.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, JUAN DE MOLINA.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Concepcion Geronima, N° 13. Pral Derecha
Ayuntamiento de Madrid

MADRID

